

Sonrisa, bifocales y tabaco

Alfonso Teja Cunningham



Conocí a José Carlos Méndez en 2003, en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL, justo cuando yo acaba de regresar a Monterrey, tras residir 25 años en la capital de la república y comenzaba a ubicarme en la capital norestense, ahora tan diferente de la que había dejado un cuarto de siglo atrás. Curiosamente, mi primer Cicerone, y uno de los más efectivos, resultó ser un michoacano. Al paso de los meses, y los trabajos, habíamos construido la base de una sólida amistad fincada en el amor al terruño, en las herencias culturales, y en el alejamiento de los chauvinismos ancestrales, esos que subrayan diferencias donde el ojo identificador lo que encuentra son semejanzas.

Hablábamos de Reyes y de otros regiomontanos ilustres; y muy rápidamente, en alguna tarde de aquellas, me sorprendió con un presente que venía acompañado por una de sus características sonrisas que coronaba el agudo brillo de sus ojos pequeños detrás de sus infaltables bifocales: “La sal de los enfermos”, el laureado ensayo de Leonardo Martínez Carrizales, llegó así a mis manos, al tiempo que a mis oídos llegaba la fina advertencia: “En este libro encontrarás muy interesantes rasgos de Alfonso Reyes en torno a la peor experiencia de su vida, como lo fue la

trágica muerte de su padre”.

Recordé que algunas semanas anteriores habíamos abordado ese oscuro pasaje de la historia nacional que desemboca en la Decena Trágica. Evidentemente, la lectura del ensayo de Martínez Carrizales amplió grandemente mi visión de los tiempos, pero sobre todo enriqueció, aún más, mi admiración por la templanza y fuerza moral del regiomontano universal.

Muchas tardes, y mañanas y noches más, compartí con José Carlos, y siempre la conversación encontró fondo y sustancia. Se agotaba el tiempo, nunca el tema.

Hemos perdido a un gran amigo. Extrañaremos esas conversaciones. Y los ceniceros podrán ahora permanecer limpios más tiempo. Pero en su vacío y transparencia, esos ceniceros -cualquiera de ellos- me recordará a una gran persona, que sin estridencias, sin poses, sin adornos de ningún tipo, amaba las letras, amaba saber y amaba compartir su visión del mundo.

Estimado amigo: no te pido que descanses en paz, pues siempre fuiste un tipo pacífico y buen ejemplo fuiste de ello. Creo que más bien te pediría que vayas preparando algún lugarcito, pues el tiempo inexorable nos tiene a todos haciendo fila, y más temprano o más tarde volveremos a encender los colores del paso del tiempo con la alegría de una verdadera conversación. Hasta pronto.



Indice

